

XXVII

En el baile pronto olvidó Mariana sus penas; era de esas mujeres que no piensan más que en el presente y el presente estaba allí lleno de encantos.

Su luto la apartó de la sociedad y durante aquel tiempo su belleza parecía haber crecido. Al presentarse en el baile fué rodeada por una multitud de galanteadores.

Aquellos homenajes, contrastaban de un modo raro, con la severidad de su esposo, con la insolencia de *Niania*, pues excepto éstos que se habían erigido en jueves para condenarla, los demás la halagaban; ¿luego la mayoría tendría razón? Se abandonó á tan consoladora idea, y más que nunca pareció hermosa á los que la rodeaban. Un marqués italiano y joven le fué presentado aquella noche, y se mostró su más asíduo galanteador.

A eso de la una de la mañana sintió de repente cansancio y malestar, y envió en busca del coche.

—¿Por qué te retiras tan temprano?—le preguntó su padre con sorpresa.

—Sergio está enfermo.

Su padre la miró con asombro.

—¡No me habías dicho nada!

Se cerró la portezuela del coche, y Mariana, precipitándose en brazos de su padre prorrumpió en lágrimas.

—Soy una miserable—dijo con vehemencia—una

mala madre, una... Mi hijo está muy enfermo, y apenas me he quitado el duelo por mi madre, no he podido resistir el deseo de frecuentar la sociedad ¡no merezco vivir!

Su padre se esforzó en tranquilizarla, probándole que era menos culpable de lo que creía. En el fondo no podía suponer que el niño estuviese muy enfermo, pues de ser así, en su opinión, Mariana no hubiese asistido al baile.

Al llegar á casa de su yerno, Mérof subió para saber el estado del niño. Una tos espantosa llegó á sus oídos y se detuvo lleno de un terror que despertaba en él pasados recuerdos; conocía muy bien aquella terrible enfermedad que le había arrebatado dos hijos.

—El crup—murmuró en voz baja.

Mariana entró con precipitación dejándose la puerta abierta; con la cola derribó una silla; aquel ruido hizo estremecer á Dournof, y se precipitó sobre la cuna gritando:

—¡Mi Sergio, hijo mío!

Mérof levantó la silla y cerró la puerta.

—Sí—repuso Dournof—tu hijo va á morir del crup, mientras tú regresas del baile.

Mariana, de rodillas, sollozaba ocultando la cabeza entre sus manos. Su esposo la miraba con más desprecio que compasión.

—¡Dios mío!—exclamó Mariana retorciéndose las manos,—¡cómo me castigas! ¡Mi hijo!..

Sus nerviosas manos apartaron las cortinas de la cuna; Dournof la cogió por un brazo y la hizo levantar.

—¡Vete á tu habitación!—le dijo con firmeza.

—¡Quiero cuidar á mi hijo!—exclamó Mariana asiéndose á la cuna.

—Vete á cambiar de ropa. ¿No te da vergüenza arrastrar aquí sedas?...—le dijo su esposo con energía.

Mariana salió bajo el peso de este reproche.

Su padre la siguió, después de haber cambiado algunas palabras con Dournof. Reprendió á su hija con severidad y Mariana prometió obedecerle, seguir sus buenos consejos... Pero una buena impresión no podía ser duradera en aquel espíritu superficial.

Una hora después volvió á presentarse vistiendo un sencillo peinador, resuelta, en apariencia, á reemplazar á Dournof en su penosa tarea; pero el niño rehusaba ir á sus brazos, y tomar el medicamento de su mano; sólo lo aceptaba de *Niania* ó de su padre.

Mariana, después de llorar mucho, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, fué á sentarse sobre un canapé, en donde no tardó en dormirse, despertándose cada vez que oía toser á Sergio.

A eso de las cinco de la mañana Dournof le dijo:

—Vete á tu habitación y acuéstate.

Se levantó obedeciendo maquinalmente y su esposo la vió alejarse.

—¡Pobre criatura! Dios no la ha creado para luchar—dijo Dournof en voz baja.

—No era así nuestra Antonia—murmuró *Niania*.

Dournof, puso su dedo en sus labios.

—Antonia era demasiado perfecta—repuso inclinandose sobre su hijo.

—No hubiese ido Antonia á un baile, dejando á su hijo enfermo. Amo mío, tu esposa no es una buena mujer.

—Es la madre de mis hijos—repuso Dournof sentándose á la cabecera de la cuna.

XXVIII

Tres días estuvo el niño luchando entre la vida y la muerte; durante este tiempo ni Dournof ni *Niania* se separaron de su lado. Cada dos ó tres horas se presentaba Mariana preguntando por el niño, después dejábase caer en el canapé prorrumpiendo en sollozos. Al agotar las lágrimas, salía yendo á su habitación ó á dar un paseo para calmarse los nervios.

Mientras se esperaba una mejoría que no llegaba, Mariana, en sus horas de soledad, fraguó un proyecto descabellado.

Hasta entonces, gracias á la estoica indiferencia de la vieja para todo lo que no era su amo; gracias á la ligereza de carácter de Mariana, no hubo ningún choque entre ellas; pero la joven se fijó ahora en que *Niania* lo vigilaba y ordenaba todo, que la suplantaba en el corazón de su hijo, y sintió hacia ella un odio terrible.

Aprovechando un instante en que Sergio dormía entró en la habitación de su esposo, quien tendido sobre un canapé tomaba algún descanso.

Al verla se incorporó. Aquella visita no le presagiaba nada bueno. Con gran sorpresa oyó que Mariana le hablaba con ternura.

—Amigo mío—le dijo—me parece que Sergio está mejor.

Dournof hizo un ademán afirmativo.

—¿No podríamos, desde ahora, velarle nosotros? Su esposo la miró sin contestar.

—Hemos hecho mal en no velar por nuestros hijos más de cerca, y permitir que una criada tenga tanta autoridad en la casa.

—¿Te refieres á *Niania*?

—Naturalmente. Cree ser aquí la reina y la señora; eso no puede continuar.

Dournof se quedó pensativo; acababa de llegar lo que hacía tiempo temía. Sin la enfermedad de Sergio, Mariana no se hubiese fijado en que otra mujer ocupaba en la casa su lugar.

—Le daremos una pensión y la despediremos, ¿no es así, amigo mío?—dijo con aquella dulzura encantadora que sedujo á Dournof.

—Sergio aun no está fuera de peligro.

—No digo que la despídamos en el acto; pero dentro de algunos días...

—¿En agradecimiento por haber salvado la vida al niño? Tienes buen modo de demostrar tu gratitud.

Mariana bajó la cabeza, no queriendo pasar de ningún modo por ingrata; esto parecía ofender su vanidad femenil.

Al levantar los ojos, buscando un argumento que la disculpase, fué á fijarlos en el retrato de Antonia, que nunca había visto.

—¿Quién es esa?—dijo estremeciéndose al adivinar la contestación.

Dournof, que había seguido su mirada, vaciló. Le costaba trabajo descubrir el secreto de su herida á la mujer frívola que llevaba su nombre. Pero le era necesario responder y lo hizo con brevedad.

—Es la señorita Karzof.

—¡Ah!—exclamó Mariana volviendo la cabeza con desdén—no era bonita.

Dournof reprimió un ademán, y no respondió. Se

había acorazado contra todos esos ataques y jurado no dejarse conmover.

—Y bien ¿despedimos á *Niania*?—volvió á preguntar Mariana.

—No.

—¿Y si yo lo quiero?

—Tú no puedes quererlo, eso sería una injusticia.

—¡Una injusticia! ¿Y por qué?

—Porque esa mujer no ha hecho nada para merecer ser arrojada; porque le debemos la vida de Sergio, y porque...—se detuvo temblando de emoción, y añadió:—¡porque quiero que esté aquí, y con esto basta!

—¡Y yo quiero que se vaya!—repuso Mariana dejándose dominar por la cólera.

Dournof se sentó con frialdad ante su mesa y se puso á arreglar los papeles.

Mariana le miró, quiso hablar, se mordió los labios y salió con apresuramiento del gabinete.

Su marido la siguió con los ojos, quedándose pensativo.

¡Aquel era su hogar! Una mujer fantástica é irreflexiva, mala á veces, era la compañera de su vida.

Entonces recordó la existencia soñada en otro tiempo: cuando se forjaba ilusiones pensando en Antonia, en el hermoso nido que formarían.

Pero ¡ay! todos aquellos sueños de dicha se desvanecieron, la realidad más cruel le despertaba. Lanzó un suspiro y se levantó para ir á ver á sus hijos.

En aquel instante apareció *Niania*. El rígido semblante de la anciana llevaba impreso un dolor irremediable. Se acercó á Dournof arrodillándose á sus pies.

—¡Perdóname, perdóname! Yo no puedo soportar lo que me pasa—exclamó mientras el joven la levantaba.

—¿Qué sucede?

—Tu esposa me ha despedido. ¡Yo no podré vivir lejos del niño, ni de ti... ya lo sabes!...

Se calló un instante para secar el llanto y añadió:
—Desde que murió nuestra Antonia, yo no he querido servir ni amar á nadie más que á ti. Esto lo sabes muy bien. ¿Cómo quieres que yo me vaya?... ¡Y dejar al pequeñuelo que bien corre grave peligro! ¿quién le cuidará?

Dournof cogió con efusión una mano de la sirvienta y le repuso:

—Tranquízate, *Niania*. No he olvidado nada; ya arreglaremos eso. ¿Dónde está la señora?

—En la habitación de Sergio. Me ha arrojado de su cuna. El pobre ángel se ha puesto á llorar y ella le ha reñido.

Dournof no quiso oír más y corrió como un loco á la habitación de su hijo.

Sergio aun lloraba, pero reprimía sus lágrimas ante la severa reprensión de su madre; un sollozo convulsivo se le escapaba de vez en cuando. Mariana estaba de espaldas en la puerta dosificando la medicina del enfermito.

—Mariana—dijo Dournof con voz tan amenazadora que su esposa tembló dejando caer la cuchari-lla.—Tu puesto no está aquí; vete á divertirte; *Niania* y yo cuidaremos al niño.

—¡*Niania!*—exclamó Sergio con acento dolorido.—

¡Mi *Niania!*

Mariana, llena de terror, abandonó la habitación sin atreverse á mirar á su esposo.

Dournof llamó á la anciana y le dijo:

—Vuelve á tu sitio; tú me respondes de la vida de mi hijo.

Sin contestar, *Niania* ocupó su puesto, y algunos instantes después, tranquilizado por las palabras de la buena mujer, Sergio dormía tranquilamente.

XXIX

La convalecencia del niño fué larga y peligrosa; tuvo frecuentes recaídas que pusieron su vida en peligro; en los primeros días que hizo buen tiempo Sergio pudo abandonar el lecho durante las horas de calor.

Desde su infructuoso intento para arrojar á la criada, Mariana no entraba en la habitación de su hijo, é hizo instalar la niña á su lado mostrando preferencia por ella, diciendo:

—Una criada me ha robado el corazón de mi hijo, no quiero que haga lo mismo con mi hija.

Aquel papel de buena madre, lo representaba entonces de buena fe. Se la veía pasearse por el Jardín de Verano con la nodriza que llevaba á Sofía en brazos; el marqués italiano solía encontrarla en aquel sitio y sus conversaciones eran largas y animadas. Algo se murmuró, pero la señora Dournof tenía fama de atolondrada y á la vez de honrada, así es que se dió poca importancia á aquellas entrevistas.

La Cuaresma es la época de los conciertos. Mariana todas las noches iba á uno ú á otro, Dournof se quedaba solo, empleando el tiempo en trabajar. Sergio iba á verle á cada momento; el padre sentíase feliz por las muestras de cariño de su hijo y pronto el gabinete de trabajo fué el lugar de los juegos del niño á quien acompañaba *Niania*.

Una noche, mientras los tres se entretenían en hacer un castillo con cartas, se presentó Mérof.

—Dournof—dijo el ministro—he de hablarte y ha de ser á solas.

Pasaron al gabinete contigo.

—Amigo mío, voy á descargarte un golpe terrible, yo le he recibido antes que tú.

Dournof se fijó entonces en la mortal palidez de su suegro y lleno de temor esperó á que hablase.

—No es culpa mía—repuso Mérof—y á vivir mi esposa no hubiese sucedido.

—¿Qué pasa?—preguntó Dournof con sobresalto.

—Mariana...

El desgraciado padre no tuvo fuerzas para seguir. Dournof se levantó con violencia.

—¿Muerta?—dijo.

—¡Así pluguiese al cielo!

—Vamos, hable.

—¡Ha partido!

—¡Partido! ¿Sola?

—Con la niña.

Dournof salió como un loco, recorriendo la desierta casa. Los criados tomaban el té en la cocina, todo parecía estar en orden, pero la señora no había vuelto á comer, cosa que sucedía alguna vez, y la niña no estaba en su habitación.

Volvió tambaleándose; la presencia de su suegro le dió algún valor.

—¿Por qué se ha marchado?—preguntó.

—Se ha ido porque, según dice, le hacías la vida insoportable.

Dournof hizo un ademán negativo.

—Sé todo lo que puedas decirme; no te acuso; además, esa desgraciada es propensa á todos los errores.

—¿No se ha ido sola?—rugió Dournof.

Su suegro bajó la cabeza.

—Se ha ido con ese marqués italiano... al extranjero... Sin embargo, puedes hacerles detener.

—¡Detener!—exclamó Dournof con amargura—¿qué los gendarmes devuelvan á mi hogar á la mujer que públicamente lo ha abandonado? ¿Qué ganaría yo? Que siga su destino la mujer que no estaba hecha para...

—¡Dournof es mi hija!—repuso el padre con dulzura.

El joven se sentó oprimiéndose la cabeza con las manos.

Toma, aquí tienes la carta que me ha enviado.

“Querido padre—decía;—Dournof me arrebató el cariño de mis hijos, después de haberme retirado el suyo. sin que de nada tuviese que acusarme. A pesar de mis reiteradas súplicas mantiene en su puesto á una criada que ha acaparado todos mis derechos, y esto no puedo soportarlo...”

—¿Qué criada es esa?—preguntó Mérof esperando hallar alguna disculpa al proceder de su hija.

—*Niania*.

“No puedo soportarlo y me voy en unión de un amigo fiel, que no ha podido ver sin compadecerse la manera indigna con que me tratan en mi casa; me llevo á mi hija á fin de que de los dos hijos que Dios me ha dado, pueda al menos tener uno á quien amar; dejo á mi esposo el niño puesto que es su predilecto”.

—¡Está loca!—exclamó Dournof terminando la lectura.—¡Su locura es muy peligrosa! ¡Que esa mujer que ha amargado mi vida, vaya á donde la suerte le lleve; ¡Pero mi hija, esa no puede estar á su lado!

—No la tendrá mucho tiempo—dijo Mérof con tristeza:—pronto la niña será un estorbo para ella...

Ambos guardaron silencio. Al cabo de un instante Mérof puso la mano sobre el hombro del joven. Los dos se miraron y se comprendieron. En el ins-

tante en que sus manos se estrechaban, Sergio entró en el salón.

—¿Dónde está papá?—decía con su lengua infantil —yo quiero abrazarle... y á mi abuelito también.

Niania, siempre silenciosa, acompañaba al niño, los dos le cogieron alternativamente en sus brazos, y las lágrimas de rabia del esposo ultrajado, mezcladas con las del padre deshonrado, cayeron sobre los rubios cabellos de aquel ser inocente.

XXX

Cuando Dournof se halló solo recorrió las habitaciones de la casa. Por todas partes veía un lujo más brillante que de buen gusto; pero en el abandono de los muebles se notaba la incuria de la dueña de la casa; excepto el gabinete del presidente, que cuidaba *Niania*, en lo demás veíase el sello del abandono.

Todo aquello lo miró Dournof con tranquilidad, el espectáculo no era nuevo para él, pero hoy lo contemplaba como un juez que busca pruebas convincentes.

Sí, Mariana había huído con un hombre que valía menos que él. Mariana estaba ante los ojos de su juez, y este pronunció la condena más terrible.

Había amado á aquella mujer frívola é indigna, á la madre sin amor á sus hijos y la amó mucho...

El recuerdo de su pasión por Antonia avivó los remordimientos, no amó á Mariana con tanta fe, pero sí con ternura, y ahora se arrepentía de ello.

—¿La he mimado mucho?—se dijo Dournof registrando los pliegues de su conciencia.—¿He sido muy indulgente ó demasiado severo?

Repasó en su imaginación las escenas de los primeros días, en que contempló los caprichos y las extravagancias de Mariana como errores de una niña, y después de meditar mucho se dijo:

—He procedido como debía. No quiero perseguir-

la, obligarla á que regrese al hogar que ha manchado.

Dournof se estremeció de horror al pensar que la mujer que le había deshonrado pudiese presentarse en aquella casa.

Levantó los ojos para fijarlos en el retrato de Antonia.

—¡Ahl!-exclamó--sólo te he faltado á ti. ¡No he debido admitir á otra mujer en el santuario de mi corazón; que sólo estaba consagrado á tí! Después de haberte amado ya no debí amar á nadie, consagrar mi vida á los que sufren. He debido seguir siendo pobre y despreciar los honores y las riquezas, vivir y morir solo.

Niania entró sin hacer ruido, colocándose ante él.

—¿Qué quieres?—preguntó Dournof.

—El ama se ha marchado y vengo á recibir órdenes.

—¿Para qué?

—¿Qué haremos de sus cosas?

—Nada—repuso Dournof.

—Habrá que arreglarlas... ponerlas en los cajones.

—Bien... como tú quieras.

—Estás triste—exclamó la criada.

Dournof prorrumpió en amarga risa.

—¿Quieres que me divierta?—exclamó con ironía.

—Tal vez tengas razón; por lo demás las cosas no han de ir peor que antes.

Niania movió la cabeza.

—Hablas mal, y no sabes someterte á la voluntad de Dios.

—¡Es verdad, no sé someterme! Pero ¿por qué he de recibir un golpe tras otro? ¿Por qué de dos mujeres ha muerto el ángel y vive el demonio y vivirá para mi desgracia y la de mis hijos?

—Blasfemas. Los designios de Dios son impenetrables—dijo *Niania* con severidad.

—Bueno—repuso Dournof;—pero al pensar en Antonia no puedo comprender por qué me casé con Mariana.

La anciana inclinó la cabeza.

—Nuestra Antonia era un ángel, y sin embargo pecó al intentar contra su vida. Los jóvenes sois muy impacientes, no podéis soportar el dolor, queréis que la vida siempre sea de color de rosa, y cuando llega la desgracia, en vez de soportarla como una prueba del destino, huís de ella como de la peste. Es preciso ser fuerte y aceptar la vida como Dios la da.

—Cuando se puede hacerlo. ¡Oh, Antonia, qué feliz hubiese sido contigo!

Dournof conoció entonces el dolor más amargo que puede sentirse: la pérdida de Antonia se le hacía más dolorosa al compararla con el presente. Poco á poco la vida se le fué haciendo insoportable. Cesó de ocuparse de sus propios asuntos, reservando su atención para el tribunal; las caricias del niño apenas le distraían y su salud continuaba siendo muy delicada. La existencia del infeliz padre pasaba entre el temor de perder á su hijo ó de volver á ver á su esposa; el último se realizó.

Tres años después de la fuga de Mariana se presentó una mujer con una niña que apenas tendría cuatro años, entregando una carta á Dournof; era la nodriza de Sofía. Antes de leer la carta miró á la niña; la semejanza con su hermano no era mucha, y sin embargo la reconoció.

—¿Sofía?—dijo.

La niña se acercó á él mirándole con confianza.

—¿Sabes que soy tu papá?

La niña movió su rubia cabecita.

—Papá hace tiempo que se fué.

—No hay que decir tonterías—le interrumpió la nodriza;—ya te dijeron que ibas á ver á tu papá, es el señor presidente.

Dournof abrazó á su hija con ternura y compasión, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Sobre aquella niña pesaba una mancha que le echarían en cara cuando fuese mayor.

Dournof, lanzando un suspiro, empezó á leer:

“He abierto los ojos á la razón y te envío á tu hija como mensajera de paz. No niegues á esa inocente el perdón de su madre culpable, quiero volver á tu hogar, para vivir como buena mujer y buena madre.”

Dournof sonrió con amagura.

“Comprendo que ha de costarte mucho trabajo contestarme; pero el silencio lo consideraré como una autorización para volver á esa casa. No continuemos dando á la sociedad el espectáculo de un matrimonio divorciado. Te amaré con ternura y si me perdonas aún podremos ser muy felices.”

No obteniendo contestación, la nodriza le preguntó con dulzura:

—¿Y bien, señor, qué me manda usted?

Dournof se estremeció como si despertase de un sueño.

—Vaya á su antigua habitación, usted se queda aquí.

Abrazó nuevamente á su hija y al quedarse solo murmuró:

—¡Feliz, felices juntos! ¡Qué ironía tan triste!... Después de haber manchado mi honor. Ella podrá olvidar, su espíritu es frívolo, pero yo no... Aun puede sentir una pasión ligera y superficial y hasta ser feliz... yo...

Sus ojos se fijaron en el retrato de Antonia.

—¡He ahí la felicidad! La felicidad era no ver más á la mujer que odio, vivir tranquilo con *Niania* y Sergio, olvidarlo todo... Sí, Antonia mía, desde que perdí tu protección no he podido ser feliz; ya no oigo los consejos que dabas á mi conciencia... Y ahora, Anto-

nia, ¿qué ordenas? ¿Es preciso arrojar de mi casa á la mujer que es mi peor enemigo, ó tendré que admitirla por respeto á mis hijos ahogando todos mis sentimientos de aversión?

Ante la idea de volverse á encontrar ante Mariana sintió que el corazón se le oprimía.

—No, yo no quiero verla—exclamó retorciéndose las manos.

—¡Sin embargo, es preciso!—le decía su conciencia.—¿Cómo puedes negar á esa extraviada el único medio que le queda de regenerarse? ¿Dormirías tranquilo sabiendo que la mujer que lleva tu nombre, que es la madre de tus hijos, se revuelca en el vicio, cuando la puedes salvar con solo abrirle la puerta?

—No, no quiero—se decía Dournof—eso es superior á mis fuerzas.

Después de meditar algún tiempo, tomando una resolución repentina, se fué al gabinete en donde los niños jugaban juntos con la misma familiaridad que si nunca hubiesen estado separados.

—*Niania*, ven aquí—dijo Dournof.

La criada obedeció siguiéndole á su despacho.

—¿Sabes que mi mujer quiere venir?—dijo con brusquedad.

—La nodriza me lo acaba de decir.

—¿Sabes dónde está?

—En Varsovia.

—¿Y qué hace allí?

—Esperar que tú le permitas volver á esta casa.

—¿Y si me niego?

Niania miró á su amo con sorpresa y dijo:

—No puedes negarte, es tu esposa.

Dournof, sorprendido por la contestación, miró atentamente á la vieja. Su aspecto era triste, pero no de enojo.

—¿Olvidas que tengo muchas ofensas recibidas de ella?

—Nadie está sin pecado. Si ella quiere ser buena, tú debes ayudarle.

—¿Y si vuelve á las andadas?

Niania se santiguó.

—¡Que Dios no permita semejante desgracia! ¿Por qué llamas el mal? Tu esposa no cometerá dos veces la misma falta.

—¿Y si lo vuelve á hacer?—repitió Dournof con enojo.

—¡Quieres saber más que el Espíritu Santo! eso no está bien.

—Entonces ¿tú quieres que vuelva?

—Sí, porque es justo—repuso *Niania* con nobleza.

—Deseas que vuelva y olvidas que ella no te puede ver.

—Es verdad, pero tú me has prometido no separarme de Sergio... además, el sitio que Dios le ha designado está aquí.

Dournof hizo un ademán triste y grave. *Niania* se retiró.

XXXI

Algunos días después la señora Mérof volvía á su casa. Se hubiese podido creer que debería hallarse cohibida ante su esposo, pero no fué así. En el fondo de su alma comprendía su falsa posición; pero su orgullo le hacía mostrar á todos el semblante altanero.

Su escapatoria no produjo mucho escándalo, pues Dournof supo mantener á raya á los curiosos, y su vuelta tampoco se consideró como un acontecimiento de importancia.

Mérof siempre dijo que su hija estaba en el extranjero para reponer su salud, y sus amigos fingieron creerle.

La noche del primer día de su regreso, tan embarazoso para todos, menos para Mariana, una vez acostados los niños entró ella en el gabinete de su marido.

Dournof frunció las cejas, no entraba en sus cálculos semejante familiaridad; pero antes de que pudiese abrir la boca, su mujer se sentó ante él hablándole con cariño.

Durante aquellos años la hermosura de Mariana había aumentado, era más artificial; pero también más seductora.

—Has sido muy bueno—le dijo con voz dulce—al permitirme volver, y no sé cómo demostrarte mi gratitud.

Para ayudar á sus palabras Mariana fijó con emoción sus ojos en Dournof.

—Sé lo mucho que te debo—añadió—y no he de ser ingrata. He reflexionado mucho y comprendo que tú no eres el único responsable de mi error.

—¿Es de veras?—repuso Dournof con frialdad. —¿Has hecho ese descubrimiento? Veo que eres muy buena.

Sin comprender la ironía de estas palabras, Mariana repuso:

—Sí, yo era tal vez demasiada joven ó demasiada niña; no supe apreciar tu mérito, tu seriedad me pareció desvío; tu dignidad, orgullo... Fuiste muy serio para mí.

—¡Cómo miente!—pensó Dournof, recordando su tierno proceder para con ella, y continuó guardando silencio.

—Sí, yo te he amado con pasión—añadió Mariana —y á pesar de tu sonrisa sarcástica, aun te amo, ¡demasiado lo sabes!

—¿Por qué dejaste de amarme?—preguntó Dournof con tranquilidad.

—Porque fuiste muy duro para mí—repuso la joven con vehemencia—porque no me amabas, contrariando continuamente mis gustos; porque mis amigos se convertían en enemigos.

—En efecto, elegías muy bien tus amigos—repuso Dournof mirándole con seriedad.

Mariana enrojeció estremeciéndose de pies á cabeza.—Me va á matar se dijo—añadiendo en alta voz.

—La desesperación me arrastró á la caída... tú no me amabas.

—No fui yo el primero en romper los lazos de ternura que hacían nuestra vida feliz.

—Fuistes tú, Féodor—replicó Mariana levantándose.

Se abrazó á su esposo echándole los brazos al cuello murmurando:

—Te amo, Féodor, perdóname; aun podemos ser felices.

Dournof separó con violencia los brazos que le oprimían.

—¡Tú!... aun te atreves...

—¡Estaba celosa!—murmuró Mariana.

—¿Celosa? ¿Has visto en mi conducta el menor motivo que pudiera darte celos?

Mariana, levantando la cabeza con orgullo, señaló el retrato de Antonia.

—Mira—dijo.

Dournof contempló á su mujer con tanta fijeza que Mariana palideció; después, cogiéndola con fuerza por la muñeca, la hizo arrodillar.

—¡Miserable, miserable!—dijo.—¡Te has atrevido á ultrajar á una santa! Sí, tienes razón, soy culpable pues debí permanecer fiel toda mi vida al recuerdo de ese ángel, pero fui débil á tus seducciones. Tú eres la carne, ella el espíritu... tú no tienes nada de común con ella, nunca has seguido su misma senda.

Se apartó con desagrado. Aprovechando aquel instante Mariana se puso en pie, su fingida humildad había desaparecido.

—Te ofrecía la paz—repuso con dureza—eres tú quien eliges la guerra, y la acepto; pero en lo porvenir la responsabilidad será tuya. Yo seguiré aquí, y te prevengo que para echarme de esta casa, sería preciso emplear la fuerza, y tú no te atreverás á ello.

Salió de allí. Dournof se oprimió la cabeza con las manos, á su alrededor le parecía que todo daba vueltas. Después de un instante de crueles torturas llamó:

—Niania—dijo.—¿Amas á mis hijos?

—Como tú—respondió la vieja.

—¿Me juras no abandonarlos nunca?

—¿Por qué he de abandonarlos? Sólo la muerte me puede separar de ellos.

—Bueno, dí al cochero que enganche.

—¿A estas horas?

—Sí, tengo que hacer. Ve pronto.

Niania obedeció sin replicar. Dournof, al quedarse solo, puso en orden sus papeles y escribió varias cartas. Luego, sacando de un cajón las cartas de Antonia las leyó, arrojándolas después al fuego, y descolgó el retrato para convertirlo en cenizas.

—El coche espera—le avisó *Niania*.—¿Vas solo y lejos esta noche?—preguntó con inquietud.—¿Y si te sucede algo?

—No temas nada—repuso Dournof dirigiéndose á la habitación de los niños, y después de besarles, en el instante de salir dijo á *Niania*:

—¡Tú velarás por ellos!

XXXII

Era muy oscura la noche, cuando Dournof se apeó en la posada de Pargolovo, dando orden al cochero de volver á la ciudad. Luego tomó el camino del cementerio.

Como noche de Noviembre era muy fría, pero la nieve no era aún tan espesa que permitiera circular los trineos.

Todo dormía á su alrededor; á la débil claridad de la luna, Dournof se puso en marcha hacia el cementerio desolado y triste en el que no había flores, destacándose las cruces sobre la helada nieve. Sólo la tumba de Antonia, que se destacaba por su elevación, estaba cubierta con coronas de metal plateado.

Subió la colina sin cuidarse del frío viento que azotaba sus ropas.

—¡Voy, voy!—murmuraba.

En aquel instante no se acordaba de su esposa, la había olvidado; otra vez seguía el doloroso camino que recorrió diez años antes, con la misma intensidad de dolor, la misma desesperación que cuando acompañó á aquel lugar el cadáver de Antonia.

Al llegar á la tumba se apoyó en la cruz, le faltaba la respiración; tan de prisa había subido. Todo era tranquilo, negro, lúgubre; la luna iba á desapa-

recer detrás de los bosques, á la otra parte del lago. Posó sus labios sobre la helada cruz.

—He venido—dijo—porque sólo tú eres la paz, la salvación. Consuélame, querida alma que perdí, cógeme en tus brazos como á un niño enfermo... Sufro mucho... no puedo ya más.

Se sentó sobre la piedra abrazando la cruz, y apoyó su cabeza sobre el frío hierro. Poco á poco sus ojos se cerraron, fatigado por las luchas del espíritu; le parecía ahora sentir deliciosa lasitud. El frío le dominaba con irresistible impresión de sueño...—Consuélame—murmuraba.—Necesito reposo y paz.

Pronto se durmió. Poco á poco una visión le parecía surgir del helado lago. Antonia, vestida de blanco, se remontaba hacia el cielo con suavidad y los pliegues de su sudario envolvían á Dournof dormido... se remontaba á su lado, con tranquilidad, sin dolores. No era una angustia mortal la que acabó su sueño.

Al día siguiente le hallaron muerto, apoyado en la cruz, ciñéndola con su brazo.

*
* *

Mérof se ha encargado de los niños: en la carta que su yerno le escribió le hablaba de un viaje muy largo, de ilimitada duración. Ese viaje tal vez á no ser por la muerte hubiese llevado á Dournof á América.

Niania amortajó con sus manos el cuerpo de Dournof, como lo había hecho con el de Antonia, y en su alma bendijo la clemencia de Dios que volvía á reunirle. Está muy vieja, pero aun se mantiene fuerte, y en la tranquila casa de Mérof vela mañana y noche las plegarias de los niños, quienes nunca olvidan añadir:

“Papá y tía Antonia están en el cielo,” pues la anciana está segura que Dios les acogió en su misericordia.

FIN